

La ciudad donde vuelven mis pasos



El puente sobre el río Yayabo constituye un símbolo entrañable de la villa. /Foto: Vicente Brito

Diamelis Meléndrez Vázquez*

Yo también vine al mundo un 15 de septiembre; no en Torquay, como Agatha Christie, ni en New York, como Oliver Stone. Nací en la villa del Espíritu Santo, a la sombra de un lomerío de batallas y a la luz del machete de Serafín. Justamente a finales del verano de 1979 y a la hora exacta en que alguien preguntó: Francisquito, ¿qué hora es?

Por ese tiempo comenzaba a circular este periódico y se formaba el Comité Provincial de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac). Eso fue a solo tres años de que Sancti Spíritus apenas se estrenara como cabecera de provincia y poco después de ser declarados Monumento Nacional la Iglesia Parroquial Mayor y el Centro Histórico urbano: mi pedazo de historia, la calle de la casona colonial que cobijó mis primeros sueños y los boquetes de piedras que rompieron las suelas de mi primer par de zapatos.

Cuarenta y dos veranos después veo caer la lluvia de un atardecer y siempre termino evocando el olor a tierra mojada que oxigena las remembranzas de mi adolescencia y niñez. Me veo con solo cinco años, esperando con ansias los domingos de tanda infantil en el cine Conrado Benítez, o sorprendida por los encantos de la fiesta popular más importante del pueblo: el Santiago Espirituano, algo que todavía no comprendía bien, pero que esperaba con gran frenesí.

Viví mi adolescencia disfrutando los tejados de casas coloniales, bautizados por la pasión de Antonio Díaz; de maravillosos mitos de túneles secretos que desembocaban a la orilla del Yayabo, y de güijes que nuestro querido Juan Andrés Rodríguez Paz, El Monje, immortalizara en sus obras pictóricas.

Crecí caminando sobre las aceras de barro de las callejas sembradas de chinas pelonas. Saltando entre los muros resucitados por la huella muralista del villaclareño Heriberto Manero Alfert, y con la

punta de mis dedos al pasar he tocado los nombres de Jorge López, Félix Madrigal, José Perdomo, Julio Neira, Vladimir Osés... También llevo una carta de amor de Liudmila Quincoses revoloteando en mis sandalias y la hojarasca del paseo, una tarde gris que me senté a leer en un banco de pino verde, los versos de Esbértido Rosendi, el Poeta de la Ciudad.

Crecí junto a mi urbe y ella junto conmigo. El tiempo ha modernizado su belleza, pero el río Yayabo sigue siendo su alma. Aún carga sobre sus aguas ese puente de estilo único que seguramente seguirá soportando poderosos huracanes, erguido en su longevidad, fiel a la Quinta Santa Elena, cómplice de un idilio bohemio entre teatro, taberna y guayabera.

Pensar en Sancti Spíritus es volver a degustar el elixir criollo de una vinera con vista a las piedras, donde Hermes Entenza calmaba la sed de sus corceles desbocados después del fuego cruzado entre un lienzo y un verso. Donde Rigoberto

Rodríguez, Coco, cortejaba una musa triste, o Dalila se sacaba el frío de su último poema.

Es volver a beber un té bohemio con sabor a casona colonial, cuando Marcos A. Calderón sosegaba los ángeles y demonios de su prosa refinada en una mesa apartada. Es un Julio Llanes volviendo a ser niño entre las páginas de sus libros y un sorbo de tilo, mientras compartía un atardecer con Luis Rey Yero y Juan Eduardo Bernal, Juanelo, quienes solían "enjuagar" sus inspiraciones al final del día con agua de caña santa.

Es volver a tomarse un largo café y tertuliar en La Ranchuelera hasta la madrugada. Y andar la calle Independencia, que ya desde entonces me traía el olor a bulvar, aun cuando al cruzarme con Madrigal no sospechaba estrechar la mano firme que esculpiría sus estatuas.

Es sentarme en la Casa de la Trova y volver a escuchar a Pedro Martínez Arcos presentando un viernes de Serenata. Amanecer en

las escalinatas de la biblioteca, disfrutando los acordes reprimidos de Fito, quien ahora canta en otro lugar.

Es descubrir a Remberto Lamadrid desde un balcón de la vieja plaza, buscando el soplo de un contorno hermoso para sus lienzos; la delgadez extrema de Luis García cargando el sobrepeso de su talento y la transparencia heredada de Mario Félix Bernal.

Es mirar a mi alrededor y encontrar a Félix Pestana paseando su pastor alemán con alma de muchacho triste, acompañado del legendario espíritu de Tobeña. A todos los que se fueron, porque siempre retornarán, seducidos por el canto de Teofilito, con un *Pensamiento...* con el suyo, con el nuestro.

Y envejeceré como una eterna apasionada de mi ciudad y de toda esa gente que no cabe en tan pocas líneas.

***Especialista en Investigación en la Oficina del Conservador de la ciudad de Sancti Spíritus**

Regalo musical para la cuarta villa

Lisandra Gómez Guerra

Como remanso de tantas nostalgias brotaron los primeros versos y acordes. Cada palabra nació de la mano de la nota musical precisa para alabar a la primera cuna, los pasos y enseñanzas iniciales, las alegrías y tristezas, descubrir el valor de la amistad y el sentido de los colores únicos de un sitio que está siempre presente en él, aunque esté a miles de kilómetros de distancia.

"*Tierra querida* nació en Uruguay —dice Tony Suárez Dorta, artífice del homenaje melódico que llega en el aniversario 507 de la cuarta villa de Cuba—. Sentí que se le debía a nuestra tierra natal".

A ritmo de bachata, con base en el bolero y el son, deja escapar los días en que se perdían las horas con guitarra en mano y cada rincón de la añeja urbe se presentaba como el encanto perfecto para hacer de las suyas en la adolescencia y los primeros años de juventud.

"Toda persona desde la lejanía extraña

muchísimo. En lo personal tengo nostalgia por mi gente, por el lugar de confort donde nací. Jamás se olvida nuestra cultura".

Con la primera frase estuvo la idea de invitar a otros músicos espirituanos para acompañarlo en este recorrido. La tecnología fue su mejor aliada para fusionar a otros muchos que también regresan en cada verso y acorde a los brazos que los acurrucaron.

"Mis primeros pasos musicales fueron en Sancti Spíritus y muchos de los invitados estaban presentes. Somos muy amigos y realmente siempre fue mi deseo incluirlos. Al primero que se la envié fue a William Rodríguez y más tarde a Amaury Muro. Junto con ellos surgieron varias ideas para la canción. Luego salió el contacto con Yasiel Ledesma, Amet Soto, Alex Valdivia, todos músicos de nuestra ciudad".

En pocos días la melodía prácticamente le dio la vuelta al mundo. De regreso a las manos de su autor, Tony Suárez Dorta, voces, acordes y hasta imágenes permitieron que hoy en diferentes plataformas virtuales y medios de comunicación se escuche este

canto a Sancti Spíritus.

"Fue muy complicado. La pandemia nos obligó a trabajar desde la distancia. Con respecto a la música, las percusiones se grabaron en Argentina, el piano en Uruguay, las guitarras en Cuba, por Nam San Fong, y también en Estados Unidos por parte de William Rodríguez.

"Mientras que con las voces se unió cada cual desde su país con sus medios de trabajo. El proceso de mezcla y masterización lo hicimos entonces en Uruguay", cuenta Suárez Dorta a través de WhatsApp.

Esa fue la fórmula perfecta para que hoy quienes encuentren *Tierra querida* en el gran universo digital tarareen: *A ti te canto, querida tierra espiritual / que me vio nacer, que me vio crecer / a ti te canto querida, mi hermosa ciudad / hija de la historia del río y del mar...*

Es esta una defensa a ultranza a la raíz que sostiene al espirituano Tony Suárez Dorta, un músico que en diversas plataformas siempre convoca: "Invito a escuchar música cubana y este trabajo que uno hace con tanto amor".



Tony Suárez Dorta sintió la necesidad de cantar a su ciudad natal.